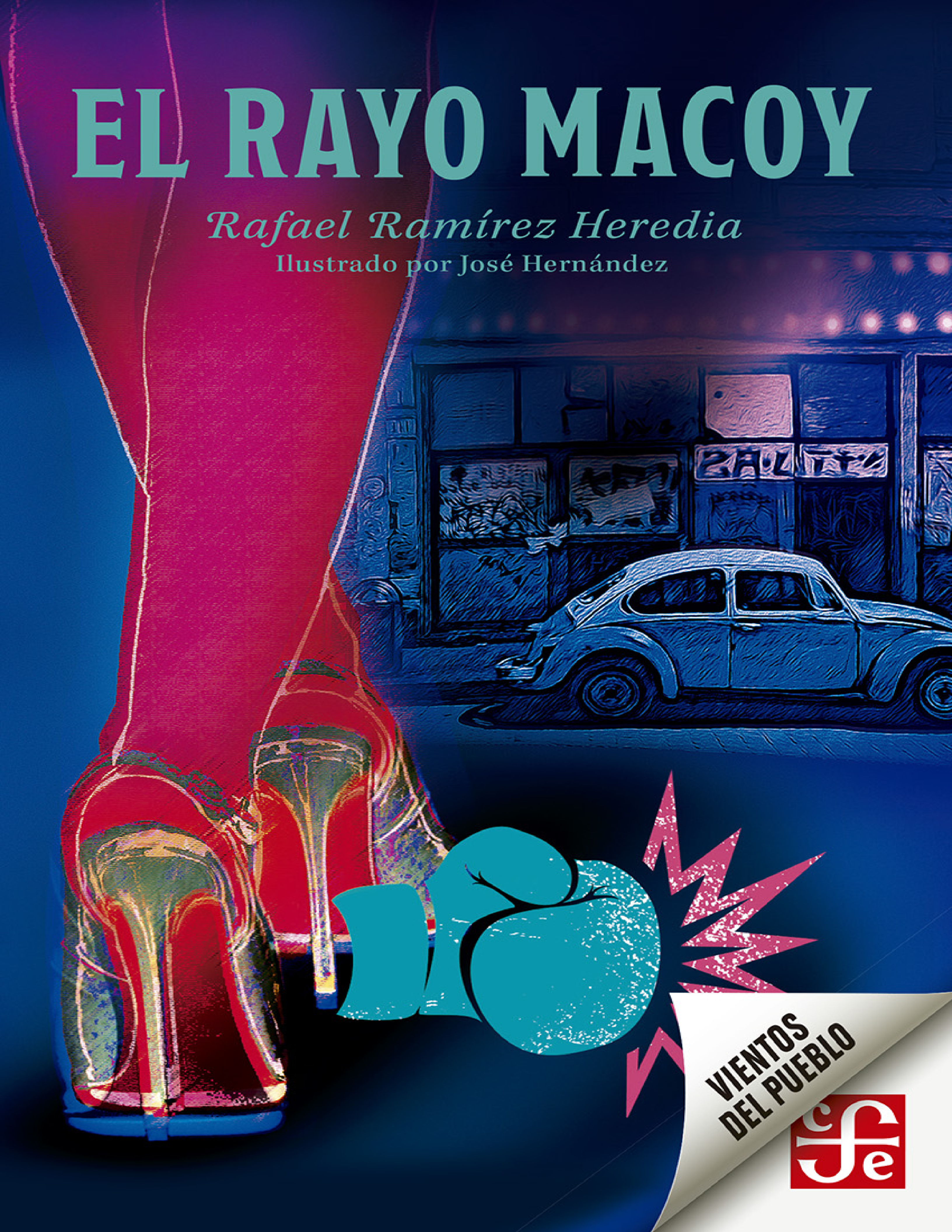

EL RAYO MACOY
Rafael Ramírez Heredia
Ilustrado por José Hernández
VIENTOS DEL PUEBLO

EL RAYO MACOY



RAFAEL RAMÍREZ HEREDIA

EL RAYO MACOY

Ilustraciones
JOSÉ HERNÁNDEZ



Primera edición, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón
Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero
Ilustraciones: José Hernández

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

ISBN 978-607-16-6417-4 (ePub)
ISBN 978-607-16-6210-1 (rústico)

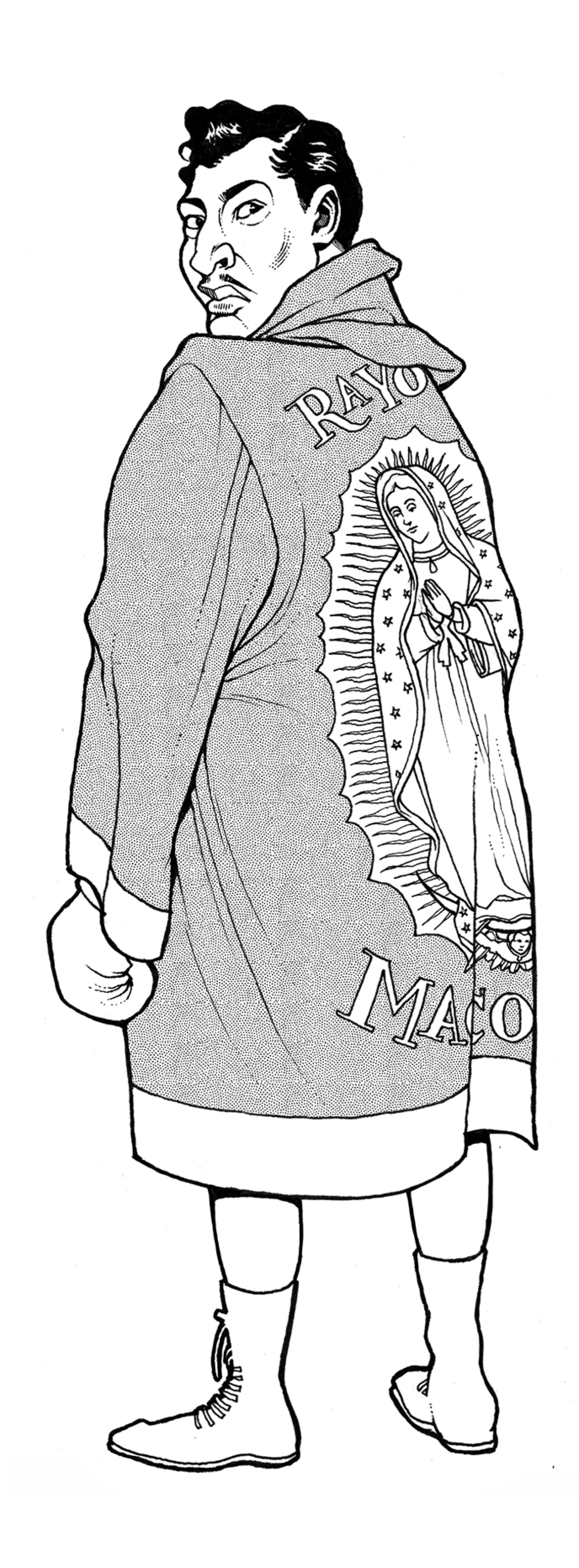
Hecho en México - *Made in Mexico*

NO SUPO POR QUÉ, QUIZÁ LO ESCUCHÓ ALGUNA VEZ en la colonia Del Valle, dentro del cine Moderno en Mier y Pesado frente a los billares Sucre donde iban los cuates esos que luego se les notaba que eran de muy de acá; en ese cine donde uno de ellos, Solís, se burlaba recitando en voz muy alta, casi a gritos: ¡diez rauns, diez, en esta esquina el Jaibo Martínez y en esta otra el maravilloso esteta Rayito Macoy!, y alargaba la i griega hasta que la voz se le botaba de la garganta. Quizá lo pensó afuera del Moderno adonde esperaba que alguien le preguntara si él era ese a quien Solís se refería y que dónde iba a pelear contra el Jaibo. Quizá en esos años fue cuando supo que había unos perros que les decían afganos, el caso es que sin fijarse en el precio, pero con la voz de aquel tipo Solís como eco en un cine donde seguro nadie se iba a fijar en un boxeador que comenzaba, Filiberto Macario Reyes, mejor, mucho mejor conocido como el Rayo Macoy, se compró los perros esos mismos que Dávalos decía que eran chingonsísimos y que si él tuviera unos, que además a Dávalos no le sería difícil en esos años, les llamaría como el mismo Rayo les puso: Bocanegra y Capuleto.

Y es que en ese tiempo los gritos de Solís le molestaban porque notaba que el tipo, de chamarras muy cuidaditas, nada más se estaba burlando de él, que nunca iba a pensar que el Rayo Macoy llegara hasta donde ahora estaba: con los dos afganos corriendo tras de él y la gente que lo observaba cómo iba tirando jabs mientras sudaba los Adidas y apretaba el paso por las veredas de Chapultepec y los de los autos hasta se detenían a gritarle campeón y otras cosas muy distintas a las que le decían en la colonia Del Valle donde trabajaba en la farmacia repartiendo medicinas porque Manuel Blancas le consiguió la chamba y sólo le dijo: hay que chingarle mucho porque don Matías no se anda con fregaderas, y Filiberto nomás apretaba las pantorrillas del esfuerzo por pedalear entre Eugenia, o Patricio Sanz, o San Francisco, un esfuerzo tan diferente al que hace con la pera o el punchin bag

y le saltan los músculos y se sabe mirado, retratado, acosado, y si ahora se encontrara a Solís nada va a decir, o quizá sí, hasta le tire unos manotones y le haga que grite de nuevo lo del Jaibo Martínez contra el pobre pendejo del Rayito Macoy, porque eso era lo que Filiberto entendía cuando a media función, o en el intermedio, se hablaba de su primera pelea como si para él no le fuera difícil meterse en ese mundo que era tan desigual a sus parcelas en Valle de Bravo, con la gente rica como el pinche Solís y Dávalos, dando de vueltas con sus yates por el lago, y él trabajando para comprarse el tequilita los sábados, o meterse al cine a ver a Armando Silvestre o a David Silva en *Campeón sin corona*.

Desde las calles de la colonia Del Valle, ya muy noche, cuando todos los tipos que se reunían en Santa Bárbara se habían ido a casa y cancelados ya los autobuses que viajaban desde lo alto de San Pedro de los Pinos hasta sitios que Filiberto desconocía, él jalaba con su bicicleta y se bamboleaba más allá de las vías del ferrocarril a Cuernavaca y tirando patadas a los perros nocheros llegaba hasta la casa de sus tíos para tumbarse en la colchoneta sucia a descansar de tanto: ve con esto a Santa Margarita, o deja este paquete en Magdalena, o rápido, tienes que llevar esto a Nicolás San Juan, y Filiberto se acordaba de las calles de su pueblo, de los empedrados y hasta se ponía contento mientras burlaba el tráfico de la avenida Coyoacán y recordaba sus caminatas con Sofía Santos, un *San* más bonita que esas calles limpias y arboladas de la Del Valle. Una Sofía que nunca supo si deveras era Santos, porque se quedó opaca, lejana, mientras Filiberto se trepaba al autobús y se iba con los tíos que se cansaron de andar limpiando milpas ajenas o trabajando de mozos en las casonas de fin de semana.


RAYO
MACO

Porque Manuel Blancas jugaba futbol americano en el equipo de la universidad y algún sábado, con permiso de don Matías de regresar temprano porque la chamba fuerte está después de las siete, se sentó en las gradas del estadio de CU a ver cómo Manuel, bajo y rudo, con las piernas cascorvas, se metía como flecha entre los cascos ajenos y los gritos en las tribunas y las ganas que Manuel tenía de estar al frente de los demás jugadores y el regreso rápido para llegar a tiempo y Filiberto no entendía cómo Manuel, héroe del sábado, podía seguir trepado en la bicicleta número uno y brincar charcos y retar hoyos sin sacar a colación todos los empujes de que había sido capaz durante el juego mientras el Rayito Macoy se dejaba llevar los domingos al cine Moderno y alternaba con los muchachos de copete afilado que lo miraban por encima del hombro, y aunque se sentaba cerca de ellos, Filiberto se daba cuenta que lo ignoraban, que le tenían lástima por sus ropas ni siquiera limpias y en cambio las de ellos eran nuevas y los gritos de Solís anunciando su primera pelea conseguida con un señor que se la pasaba en los billares de cerca de la unidad Santa Fe porque los primos de Filiberto, que en realidad no eran primos pero sí del mismo pueblo, le dijeron que acá mi primo es muy muy bueno para los trompones, dele chance señor Agustín, y éste con el cigarro medio caído en el labio dijo que no lo estuvieran jodiendo, pero los primos que no lo eran siguieron diciéndole cada vez que veían al señor Agustín hasta que el hombre contestó que primero tenía que sacar su licencia y meterse al gimnasio para que le quitaran lo pendejo.

Porque no, pinche Fili, tú andas en entrenamientos, y por eso no le querían dar de la botella que los muchachos de Santa Bárbara tomaban metidos en el Lincon del Baby, un carrote guinda con el capacete negro donde se sentaban Kukú, Bruno, Hevia y el mismo Baby y se pasaban la botella de algo que no le querían dar y Filiberto sentía que lo hacían de menos y que de seguro sabían que él vivía más allá de la vía del tren de Cuernavaca mientras estos cuates eran de esas mismas calles que él y Manuel recorrían todas las noches, menos los domingos, entregando el reparto con las órdenes de don Matías, nada más a él porque Manuel era

veterano y también vivía en la Del Valle en una casa de la esquina de Santa Bárbara y Magdalena y usaba livais muy untados, chamarra como de naylon y todos en el auto usaban calcetas blancas y mocasines con moneditas y el cuello de la camisa levantado, el copete caído sobre la frente y se carcajeaban de algo que Filiberto no entendía mientras regresaba a la farmacia y sentía lo pesado del aire y las gotas de la lluvia que se le metían en la chamarra que le regaló el Chacho y esperaba que don Atenógenes le enseñara cómo tirar o parar golpes y a menear el cuerpo y dar esos pasitos de lado que tanto trabajo le cuesta aprender y que don Agustín le dijera a los primos cuándo podía pelear porque los primos lo habían visto darse un tirito muchas veces, pero la vez que más los impresionó fue cuando unos cuates que estaban cerca de donde venden los pozoles en la plaza de Valle le echaron silbiditos y otras cosas a Sofía Santos y el Fili, tú, que se pone como perro del mal y ni las manos metieron esos cuates y entonces cada vez que había bronca le hablaban al Filiberto que nomás se ponía como David Silva en *Campeón sin corona* y parecía que le entraban las ganas de tumbar a todos y ya en los barrios de arriba de San Pedro de los Pinos que se va encontrando a los cuates y que mejor se dijeran primos para que los respetaran más porque ya ves que por acá todos son recábulas y Filiberto ya lo sabía porque en las noches de los domingos, muchas veces, vio cómo los de la pandilla de Santa Bárbara se daban de trompadas con otros cuates y cómo hasta sacaban puntas o cómo una vez el pinche Kiko, que era de los más maloras, le rompió la cabeza a un gordo que se quería poner a bailarle por la espalda a Bruno y que le cae el pinche Kiko y dicen que al gordo tuvieron que darle varias puntadas de la patadona que el Kiko le dio con sus botas vaqueras y que nada más cobre Filiberto se va a comprar unas iguales y le va a decir a su tía que le quitaron de una vez lo de los impuestos y luego que se compre las vaqueras las va a medio raspar, nada más por encimita, para que no le vaya a decir que son nuevas, son de medio cachete, le dirá, y que se las regaló Efrén Velázquez.

Les puso Bocanegra y Capuleto, los dos afganos se paseaban a su lado y llevaban el trote muy bonito cuando iban por la Zona Rosa y hasta una vez le dijo al Mandingas que quería darse un volteón a la colonia Del Valle porque

era muy chingón volver a ver por dónde había camellado en los tiempos de la jodidencia y se estuvo mucho en Santa Bárbara a ver si veía a alguno de los muchachos para enseñarle a los perros pero nadie llegó, y se atrevió a tocar en casa de los Peltier y el hermano más chico le dijo que Catalina ya se había casado con Gilberto y que Rodolfo vivía en Tijuana y que los demás ya se hablan ido, sólo a veces viene por aquí Jorge Carrillo; Filiberto se quedó pensando en la colonia, con los afganos que nada más olían los prados como reconociendo orines de perros de su altura y el Rayo Macoy le tuvo que dar una patada a Capuleto porque el perro se quería quedar acostado en la puerta de la casa que fue de Gonzalo Dávalos, ese mismo que le dijo de los nombres y que el Rayo recordaba alto, delgado, siempre caminando muy chistoso como si trajera algo metido entre las piernas. Es que tiene pies planos y los pies son malos para los boxeadores y él no tenía pies planos, sino que estaba en lo más alto y planos dejaba a los que le ponían enfrente. Donde fuera, don Gabriel, que se quedó como su mánager y le consiguió peleas en todas las arenas hasta en las del sur de Texas donde lo anunciaban con una masticada R de Rayo igual que si el gringuito trajera un palo atravesado en la garganta y allá estaba él echando brinquitos, con la virgencita de Guadalupe bien dibujada atrás del sarape que le servía de bata y que los chicanos festejaban desde que él salía trotando por el pasillo que daba a los vestidores.

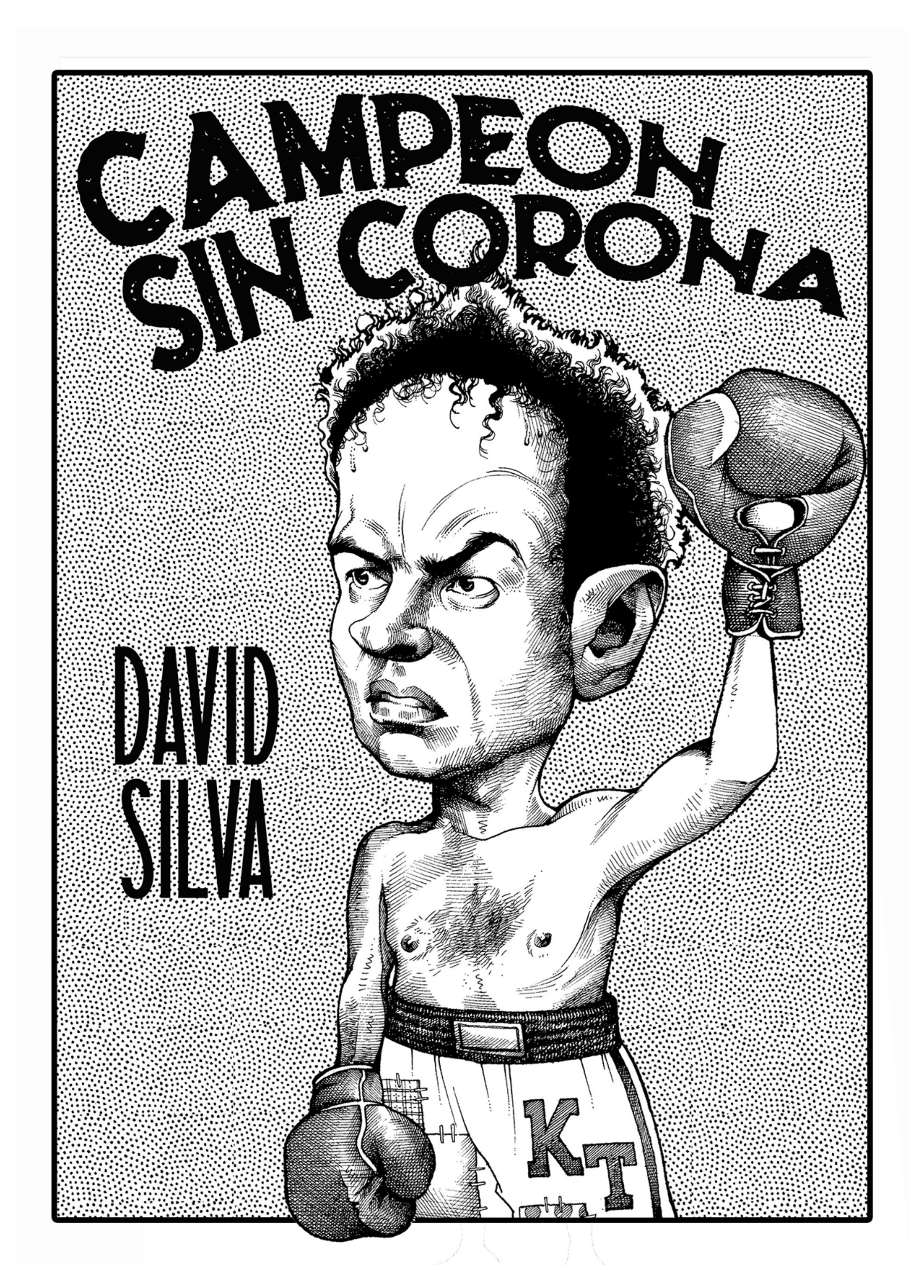


Fue una combinación de ideas y recuerdos. Una combinación tan rara que no es explicable desde aquí sino que tendría que meterse a buscar sus propios suspiros y por allá encontrar a un vaquero de una canción tarareada a medias, que hablaba de Tom Mix y Tim Macoy, o porque le llamaba la atención una mayonesa Macormick, o porque los cuates de la Del Valle siempre decían que estaban amacoyados para darle en la madre a alguien, el caso es que de algunas ideas surgió el nombre de Macoy y lo del rayo

también fue del resto de ideas porque por ahí andaba el caballo de un pinche charro güerito pero que era bueno para las sopas y que se llamaba también Gastón y a su caballo le decían el Rayo de Plata, o a lo mejor fue por el Rayo de Jalisco, un luchador de máscara negra cruzada por un como relámpago, o cuando fue a Tlalpujahua y vio una estatuota de un tal Rayón que mencionaban como de los trinches de esos lugares en la época de darles en la madre a los gachupines, o el Rayo Vallecano un equipo de futbol, o el Rayo Vac que eran las pilas del radio donde escuchaba canciones que le recordaban su Valle, no la Del Valle, y más adelante esas mismas canciones y las nuevas, las que llegaron para quedarse, le acordaban de las manos y los ojos y la manera de bailar de Tina Louis, cuando llegaba a visitarla a La Media Naranja y desde su mesa sabía que antes de empezar la variedad le iban a echar las luces y el anunciador, con el saco blanco, con el anillo bien brilloso, bien balín, sacaría la lengua y anunciar a todos ustedes, señores y señoras, distinguida concurrencia de su centro preferido La Media Naranja, que aquí, con nosotros, se encuentra esa gran personalidad, ese hombre que arrastra multitudes, que es el ídolo de México, con ustedes el Raaaayo Macoyyyy, y él se levanta y con las manos unidas, la cabeza un tanto gacha, agradece la ovación como si estuviera en medio del ring la noche, la primera noche que peleó en Los Ángeles y que toda la afición chicana estaba esperando porque el Barretero de Valle, como ya le decían, nunca había combatido en Los Ángeles pero sí en todas las plazas de la República mexicana y los promotores se dieron a la publicidad de que si el Barretero de Valle era mejor que el ex Nevero de Peralvillo o el Toluco, y que de seguro lo ayudaba la virgencita de Guadalupe que traía en la espalda y que los puños eran demoledores y que era cosa de ver al futuro campeón mundial gallo que para eso está aquí, en este lugar de diversión, el Rayo Macoy, y ella, la Tina Louis, sale a escena y le manda besitos y él los capea mientras se echa de carcajadas con los cuates y se mete un buche de brandy con soda pues no por nada ganó su primera pelea en Los Ángeles y de ahí vinieron las giras y los dólares y hasta el encuentro en el Madison, en esa ciudad tan grande, tan apantallante, mucho más que la capital de México y más que las calles que recorría en la colonia Del Valle escuchando relatos de los de Santa

Bárbara, oyendo lo que decían las criadas y lo platicado por muchachos ricos que no le hacían caso pero que ahora hasta se pelearían los cabrones por decir que eran amigos y al pinche de Solís le daría vergüenza o miedo de haberse burlado cuando gritó: en esta esquina, el Rayito Macoy, y en esta otra, el Jaibo quién sabe qué, porque al Jaibo se lo llevó el carajo y a él no, nada de eso, aunque muchos emboscados y envidiosos digan que chupa de a madres y que un día se lo va a llevar la tía de las muchachas.

Ya embravecido, con los ojos que le daban vueltas y el pelo chorreando grasa pero sin poder alisarlo, levantó las manos y mandó a la tiznada las técnicas enseñadas por don Atenógenes y le cruzó la cara hasta en dos ocasiones antes de que Tina Louis botara la lámpara de pie y se estrellara contra la mesita, tumbara otra lámpara, la que los dos compraron para amueblar bien el nidito, ¿verdad, mi amor?, y la mujer se quedó en el piso sorbiéndose los mocos y la sangre sin entender por qué Filiberto Macario Reyes la golpeaba y menos cuando jaló sus ropas y las rompió y la levantó a gritarle, con la boca apestando alcohol, que era una pinche puta mentirosa y ella lanzó aullidos para que la escucharan los vecinos y el Rayo le tiró una patada al estómago y la correteaba, él medio cayéndose por la borrachera y ella contraía la cara, gritaba y miraba al hombre con los ojos saltados, la camisa de fuera y las ganas de romper todo; que se parara la cabrona mentirosa, y cuando llegaron a la delegación los policías reconocieron al Rayo y hasta unos, disimuladamente, quisieron retratarse con él mientras el juez meneaba la cabeza y Filiberto trataba de quitarse a los custodios y meterle más puñetazos a Sabina Santoscoy porque era una pinche puta que lo había engañado y más que su apellido comenzara con *San* como la otra, porque, señor juez, sólo hay una y esa no va a ser esa puta que se dice Louis como el apellido del bombardero café, y no una cabrona que no era güera, se llamaba Sabina, y que además se ve muy ojona pa’ paloma.


CAMPEON SIN CORONA
DAVID SILVA
KT

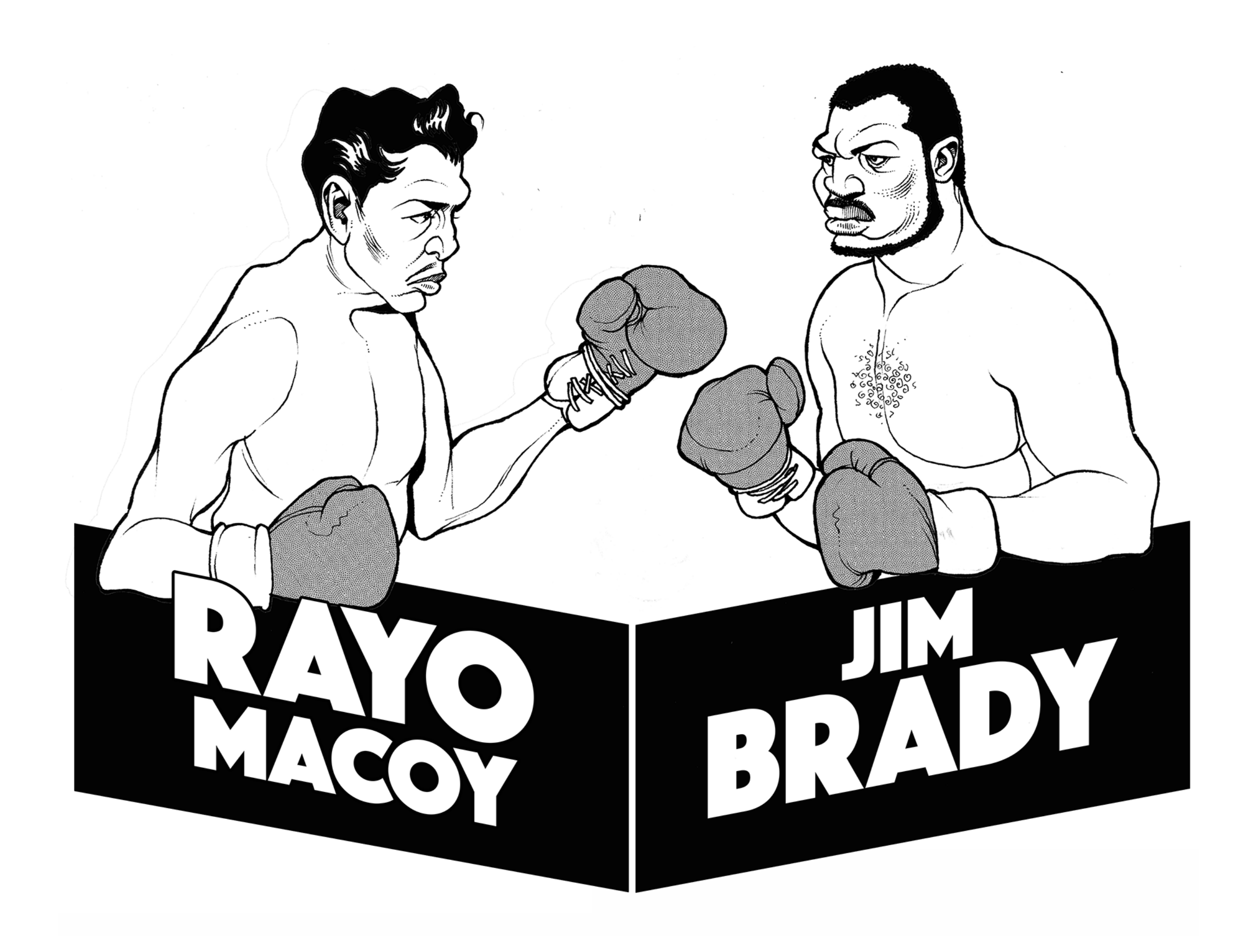
Eso era importantísimo, porque lucir a los afganos sin la pulsera, el relojote y el anillo que semejaba la cabeza de un macho cabrío, pues valía madres, así que se mandó hacer en la joyería del centro la esclava de oro macizo con el nombre de RAYO en diamantes y el reloj también de oro y que fuera el mejorcito mi cuate, porque para eso le costó meterse al cabrón negrito ese que decían que era de lo más trinchón del planeta, y ya ven lo que pasó, si de seguro que en su pinche idioma andaría diciendo hasta mamy prity, se me apareció del demon en bichis cuando al primer raun el Rayo salió como pantera, según dijo el locutor, con el alarido de la raza todavía en las orejas y los paisanos de allá que se aventaban vivas a la morenita y el Rayo que le pega el primer chingacabronazo y el negro Wilfred se fue contra el encordado y de ahí pa'l real, escuchó el joyero, fue de rincón a cuerdas y no lo dejó ni pa' billetero hasta que el tercer hombre detuvo la pelea y ahí estaba el Rayo Macoy con los brazos en alto y la panza bien dura, mostrando los bíceps igualito que ya más noche, en la suite de Alexandria, se metió con dos pinches güeras, pero de a deveras, no balines como la cabrona de la Tina-Sabina, y eso fue lo que más le encabronó, le dijo al juez, y éste lo hizo pagar sólo una multa porque los abogados del campeón, como ya le decían, hicieron que la señorita Louis comprendiera que todo fue un malentendido y que además era cosa de copas porque la mera verdad el campeón no es mala gente ni nunca ha dado que hablar y ahora menos que ya le dio en la mera madre al negrito Wilfred y que está a un pasito de medirse con Jim Brady, el campeón del mundo, que nada más que lo agarre el Rayo lo va a dejar sin alas, como dicen que dijo don Arturo Gómezleal, y para que un tipo como el licenciado Gómezleal, cuidadito con decirle nomás Gómez porque se retencabrona, bueno, para que un tipo, digo, para que un señorón como el licenciado se ocupe de los huesitos del Rayo es porque deveras el campeón vale, así que le pidió al joyero que le diera lo mejorcito y que no se olvidara del anillo con la cara de chivo porque el Rayo era Capricornio y que al fin y al cabo el próximo campeón del mundo debía de andar de acuerdo a su categoría y que además le estaba dando mucho renombre a México en el extranjero.

Más fuerte, más fuerte, duro, como si estuviera frente a Brady y el licenciado Gómezleal y los fotógrafos y el Rayo soltaba el derechazo y el sudor volaba por el gimnasio y después de los rauns de sombra y del masaje estaba listo para el baño y la vigilada de peso y un buen vaso de jugo de naranja revuelto con de zanahoria para reponer fibra y vámonos, mascullό el licenciado, a que veas la casa, y se fueron hacia el sur donde el pedregal se mete en las albercas y ahí estaba la casota, como en broma dijo el Mandingas, me cae que está de pelos, chilló el primo Régulis, y la construcción estaba alta, se veía digamos que impresionante, manis, explicó el Tomatlán, pa' qué decir de adentro, dijo silbando el primo Chirris, con los vidrios que eran uno solo de tan grandes, dijo estirando las manos el Virote, y la sala y las habitaciones y la estancia, la de juegos y la de la tele, dijo el primo Grande, y las recámaras de la servidumbre y a los afganos como que les gustó porque se dieron vuelo en el jardín y en la orilla de la alberca que se detienen, como que les daba por reflejarse y uno, creo que fue Capuleto, dijo en broma el licenciado, metió el hocico como si supiera que si eso era propiedad del Rayo también lo era de ellos, y hasta tomó bastante agua de la alberca de la casa del Pedregal donde le juró al licenciado que ahí la jefecita iba a ser la reina porque, y esto lo oyeron todos, no nada más el licenciado, ya era tiempo que la jefecita adorada dejara el pinchurriento pueblo ése de Valle de Bravo y se viniera a la capital a disfrutar con su hijito de lo mucho que ha ganado gracias a las sabias lecciones e indicaciones del licenciado, quien se alegra de que el Rayo haya dejado para siempre a don Agustín que estuvo bien mientras el campeón andaba en la guerra pero ya para cosas de más altura no había nadie mejor que el licenciado don Arturo Gómezleal que de este negocio sabe un rato largo y la mejor prueba es que ya lo hizo propietario de una mansión, de una verdadera residencia con todo y todo, como dicen en sus tiempos la tuvo Pedro Infante, pero el charrito le quedó corto al Rayo porque Piter Children se fue a la carretera de Toluca y se hizo una casa cuadrada, feota, sin altura, más balín que la fregada, no como la casa del Rayo Macoy, ya hay que olvidarse eso del Rayito que estaba bien cuando andaba de prángana repartiendo medicinas en las regularcitas casas de la colonia Del Valle, no como la que ahora tiene y que cuando llegue su

jefecita del alma se la va a poner a sus órdenes y le va a colocar mucha servidumbre pa’ que ya no se le jodan las manos con tanta lavada y fregada que se ha dado desde que murió su esposo, el mero jefe de usted, mi champion, y ya me imagino la cara que pondría de ver a sus perros corriendo por todo el jardín y su jefecita de usted como la reina que es, nada más comparable a la morena del Tepeyac que gracias a ella y a los consejos del licenciado, ah, sí, claro, y a sus güevos de usted y a sus puños, ya tiene casi el campeonato en la bolsa, y que nada más se acuerde cuando le parta la madre al güey del Brady se va a poder comprar hasta el Palacio Nacional, y ese mismo día, bueno, no hay que ser exagerados, uno o dos más, le va a pagar su manda a la señora del Tepeyac que las procesiones del día 12 de diciembre van a valer madres y cómo le gustaría encontrarse con Bruno, o con Manuel Blancas, o con Hevia, y sobre todo con Solís y con Dávalos para enseñarles lo que hacen un par de güevos bien puestos y no los de unos niños ricos que se entretenían en molestar al futuro campeón gallo del mundo, de todo el mundo, no sólo de la República mexicana que de eso ya es campeón hace rato.

Rayo de Rey, nada de Reyes, porque de seguro su apellido es Rey, la *es* es pa’ otros y entonces pidió las ostras que para eso estaban ahí los cuates y que si el licenciado los quería invitar a la fiesta de pomada que se esperaba un rayo como él, mi Rayo, como usted, mi Rayo, porque no había mejor onda que pasarla en El Pachuco Loco, que así le pusieron en honor del Tin Tán que era pura vitamina, y el Potosí con gínger y el güisqui con Del Valle y el de la rumba soy yo, báquiri báquiri, y chin que la güera se sienta con ellos y el Virote con la lengua pastosa de los tragos le dice al oído que se cuidara porque esa pinche güera se le hacía que era machimbre y el Rayo nomás levantó los hombros y se restregó con las manos la entrepierna, y entre carcajadas: si el hoyo es blanco no importa de quien, ¿oyó?, y que viniera la otra ronda y ora, mi güera, que se debía dejar agarrar el ixtafiate y la güera con ay mi champ usted sí es de los que comen el hielo a puños y él con los ojos bizcos le dijo que si no quería pinche güera se fuera a la gaver. ¿Y si después no le gusta, mi champ? Claro que sí, le dijo el Rayo, no le hace que nazcan chatos, con tal que resollen bien, y le repitió lo de chatos-

os-os-os, ya sabía que la cosa no era de as-as-as, pa’ que el güero-güera se diera color que al campeón le valía madres entrarle al toro que fuera, y ya bien bebidos, con el agua del vómito a media flor de labio, que les dice chinguen a sus madres las fiestas de ojetes licenciados y que esa noche era para que con la güera-güero se fueran a terminarla a Garibaldi porque querían echarse una sangrita que al güero nunca le iba a salir de allá abajo porque eso nomás las viejas; y ay mi champ, cómo eres, nada más sacas mis trapitos al sol, y el campeón, con las carcajadas de los amigos, de los cuates del alma, de los que le son fieles a uno en las buenas y en las peores, le dijo que le quitara lo de tra y se quedara con lo de pitos, y todos en el coche del campeón, recién comprado en Los Ángeles, California, no en el bailadero pinche ese, con estéreo y hasta cantina, se fueron por Reforma y la güera-güero le metía la mano al campeón, que lo sería deveras cuando le rompiera toda su madre al culero de Brady, y le decía que con razón, con ra mi champ, era el mero mero ron potrero si los tenía tamaño caguama, y vas a ver nomás el caguamo que se te va a aparecer dentro de un rayo, que vas a darte el lujo, cabrona, de tenerte al Rayo dentro y él-ella se reía manoteando, restregando los silicones de los senos en la baba del campeón, cantando acompañando al caset, echando de brinquitos y tomando el vaso con el dedo índice levantado y los demás amigos también los seguían, cómo iban a dejar solo al campeón ora que estaba de gusto y dándole al cuerpo lo que pedía, iban más amigos en los autos de atrás, menos brillantes que el del campeón porque para eso el Rayo era el primero, y como al quinto *Noa Noa* que cantaba Juanito Gabriel, al dar la vuelta para meterse cerca de la plaza Garibaldi, el auto de Filiberto Macario Reyes se embutió contra un coche que estaba estacionado y antes de oír los gritos de la güera-güero vio entre olas de Bacardí cómo la parejita que está oyendo mariachis nomás se les hizo la cabeza para atrás y después estamparse contra el parabrisas.



Después de la cabrona escandalera que se armó y las viejas y los jotos y la pinche güera se rajó con que la habían contratado nada más para su chou porque ella es artista, y que su nombre era Fabián Clutié y saben que no deben de sacar eso de que es homosexual si el arte no tiene fronteras ni agarraderas, pero quién iba a convencer al señor Spronceda y menos si se trataba del Rayo que se había apoyado más en el Consejo de Box que en la Comisión, porque si ustedes quieren que una asociación los respalde, no anden coqueteando con piratas que nada más explotan a los boxeadores, y los periodistas tomaban notas y preguntaban sobre la suerte del Rayo que esperaba afuera de la Comisión con los ojos tapados por las gafas oscuras y un abrigo, como de cancionero, para lidiar al frío que se metía en todos sitios de la ciudad y por allá estaría su jefecita de usted, su mera mamacita que de seguro va a andar con el Jesús en la boca de ver tanta porquería que

aventaban los periódicos y más los amigos del señor Spronceda que es de a madres de vengativo, con decirles que al tipo que se le atraviesa le quita su chamba y ahora qué vamos a hacer virgencita; ni se preocupe doña, el campeón también tiene sus amigos y chin, chin, chin, era un día el *Esto* y otro el *Ovaciones* y los deportivos y *La Prensa* y juntos a darle al Rayo Macoy que se sentía atrapado como en los años de la colonia Del Valle cuando los muchachos, que ni eran sus amigos, lo engañaban y se reían de él y alguien dijo que ese tal Solís que tanto mentaba ahora ya era un abogado famoso para los líos penales y que a lo mejor podía sacarlo del atolladero y los afganos estaban como si nada hubiera ocurrido, nomás tragando sus filetotes, su carne de pollo, sus verduras, sus blanquillos, sus vitaminas y quién sabe cuántas cosas más, y ni extrañaban la figura del Rayo cuando en las mañanas se ponía a hacer un poco de ejercicio en los jardines de la casa del Pedregal y vuelta y vuelta para después meterse a la alberca donde una vez le fueron a hacer un reportaje para un noticiero del cine y el señor Marcos reseñaba cómo era un día en la vida del hombre que con sus puños ha conquistado a México y allende el Bravo y el Barretero de Valle en plena forma, para ustedes, vean esos bíceps que espantan al más pintado y la vida es dura para un hombre que ha dedicado todo su tiempo en poner en alto el pendón tricolor, y al despedirse de todos ustedes dejamos al Rayo Macoy con sus fieles perros, con su madrecita, que lo cuida y con ese esfuerzo que lo llevará sin duda a ser el primero en el mundo en su división, y de acordarse en la antesala de Spronceda le dan ganas de sonarse la nariz pero ya el licenciado Gómezleal con la cara de pocos amigos le dijo que iba a ver qué se podía hacer y que él nada más se estuviera quietecito y si lo agarraban los periodistas viera la forma de caerles bien y nada de chistecitos, o de que lo fueran sus cuates a llevar a que se tomaran una para el susto que se metieron después de que llegaron los mariachis y el chingo de gente, mi campeón, y la pinche güera quería correr, hasta que lo reconocieron y empezaron los gritos de que es el mero Rayo, el Macoy, tú; sí, mira, ése es, y unos pedotes querían pedirle su autógrafo y los cuates del alma, los primos que ni lo eran pero sí valedores y ñises de a madres, se pusieron a darle de empujones a los mirandillas y otros que de seguro les valía madres o no

sabían que era el Rayo, gritaban que había que darles en la torre a esos pinches abusivos y que miraran cómo habían dejado aquí a los señores.

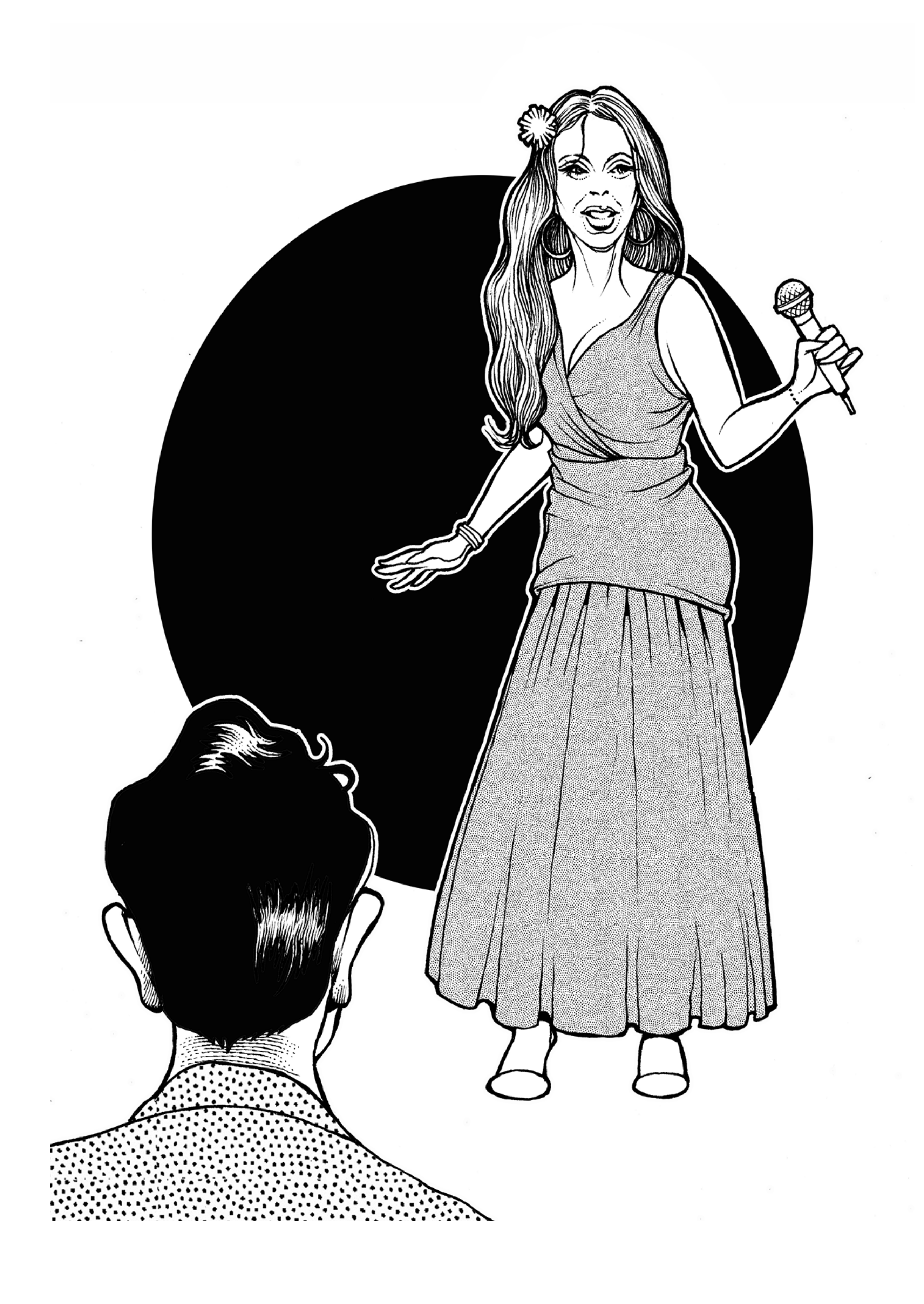
Y medio se rió, medio se enojó, medio se puso alerta al ver los periódicos y dijo algo de la publicidad y que si se ponían abusados le iban a sacar a esto más raja de lo que ellos se imaginaban, pero que eso no le daba derecho, y que ni lo pensara, que podía seguir haciendo escandalera todos los días y que debía de olvidarse de las épocas pasadas, que ya no eran los tiempos de andar de repartidor de medicinas, que se diera cuenta de la responsabilidad que tenía y que su nombre era repetido por todo el país, ¿lo entendía?, por toda la gente que lee los periódicos, que ve la tele, y que no se fuera a espantar si algún loco desbalagado se ponía a echarle de cacayacas porque esos eran los eternos envidiosos que no perdonan que alguien en México tenga nombre porque luego se ponen a rabiar y a inventar una sarta de estupideces que la mera verdad contribuían a la publicidad en este momento que ya estaba muy cerca la pelea contra Brady y los gringos que se las saben de todas le hablaron al licenciado para decirle, calma, que no se preocupara, que ellos manejarían el asunto por allá, lo que debían de hacer es poco a poco cambiarle la imagen al Rayo, pero que la ola levantada ya nadie la podía detener y que era mejor aprovechar lo hecho y no lo deshecho, así que Filiberto, como el licenciado le decía a solas, tienes que ponerte muy abusado y nada de escandaleras porque una se pasa, o varias, porque no es ésta la primera, pero que se acordara de su jefecita y de la casa y de los autos que esos no salen de salivita, sino de la chinga y sobre todo de los triunfos, y también, que lo oyera bien, no creas que todo es tuyo, que no lo fuera a creer, porque si se le venía la de malas, o perdía las facultades, o que la Virgen y los aficionados le dieran la espalda, entonces le quitaban todo, hasta los afganos, porque en esta vida nadie tiene nada, todo es prestado y más cuando el dinero se lo prestó el licenciado a cuenta de lo que den sus puños, pero si éstos se quedaban arrumbados en la mierda, lo dejaban peor que cuando empezó porque no en balde el licenciado había invertido mucho dinero en él, y tiempo que también costaba, y no era para que le pagara con idioteces que son deslealtades porque hasta eso, su apellido es, bueno, el final de su apellido, era leal y no lo contrario.

Ahora que si de aprovechar la publicidad se trataba pues él no le vio lo malo dejar a un lado los entrenamientos al fin que “la pelea con Brady se había pospuesto por un mes para que el campeón mundial se recuperara de un esguince en la mano derecha” y por eso, les dijo a los cuates, vamos a ver de qué color pinta el verde y se fueron para Acapulco a lucirse en las playas, a correr por la costera, a demostrar que él no era lo que muchos andaban diciendo, y se treparon en los dos autos, llenos de cuates, y despacio, nada de meterle al fierro y darnos en la madre y en Tierra Colorada se les antojó una cecinita, ya ves que ahí las hacen a todas margaritas, y se la echaron con cheves, algunas, pero nada más cheves, bien frías, nada de fuerte, sólo el Tomatlán sí se compró el frasco de Bobadilla y en el baño, porque todos lo supieron, se iba a echar sus buches, pero no eran todos, sólo el Tomatlán y una que se aventó el primo Grande porque ya los habían bautizado así, el primo Grande, el primo Régulis y el primo Chirris; bueno, pues el primo Grande se echó una con mucho hielo y dijo que era sólo para la calor y al llegar a Acapulquito santo se hospedaron en el Princes y luego luego, antes de salir a dar un volteón por la costera, el Rayo dijo que le iba a llamar a su jefecita para decirle que habían llegado con bien y entonces el primo Grande se aventó la número dos y la tres y el Tomatlán gritó diciendo que ése si era machimbre, no como otros que se les hacían arrugas en el nomeniegues y andaban de enmascaraos, así dijo, haciéndose güeyes con las pinches cheves esas que nomás empanzurran a uno y lo dejan pando, y total, que el Rayo dice que una no es ninguna y le pidió al Tomatlán se pirara a un súper a comprar toda la artillería porque en esos pinches hoteles el trago era peor que el oro y cuando regresaron, porque al Tomatlán lo acompañó el primo Grande, ya los dos venían buscando tablas, pero eso sí, con el cargamento bien surtido en la cajuela del Elite, hasta con vasitos y toda la cosa, dijo el primo Grande, compramos botana de a madres para que nos caiga en peso, y en el jardín del hotel se estuvieron maloreando, echándose a la alberca, fintándose, picándose el fundillo; el primo Chirris se meó dentro de la cuba del Mandingas que ni se dio color, sólo miraba desconfiado cómo los cuates se reían de él y les reclamaba que no fueran ojaldras, que algo traían en contra y el Rayo le juraba por Diosito santo que no había tos y el Mandingas

como que se quería reír y se revisaba el traje de baño azul para ver si no se lo habían cortado o manchado de alguna chingadera, y cuando mantearon al primo Régulis el gerente les mandó a decir que por favor no hicieran tanto escándalo y entonces el Virote, sin más, se fue a la administración a decirle al güey ese si no sabía a quién hospedaba en su pinche hotel, y que lo podían demandar, o que de plano el campeón declarara que nunca en su vida se iba a hospedar otra vez en el Princes, así que mejor parara su carro o le iba a salir peor, y ya para entonces el Rayo estaba aburrido porque las gringas ni los pelaban, se sentían las muy de acá y que mejor se pintaran a la sonaja donde el pedo se iba a poner de lujo y allá iban por la costera, no tan rápido porque el Rayo les dijo que un pinche choque más y les partía a todos la madre por dejarlo que se alocara, y que si ellos eran los ñis del alma no veía cómo ponían en peligro al mismo Rayo que siempre se avalorina con todorcio y no se frunce a la hora de pagar la dolorosa, me cae de madres que es cierto dijo el Tomatlán mientras se vomitaba junto al Dart K porque el Gran Marquís del campeón se quedó en México por aquello de no te entumas.

Ya la conocía, se vieron varias veces en El Oper cuando ella cantaba en ese lugar; al Rayo le gustaba que ella lo mirara tanto y después la siguió a La Raza donde tuvo una temporada larga. Por allá se daba sus descolgadas con los cuates y la esperaba a que terminara la variedad, siempre le gustó de a madres al campeón, él decía que no, que era cosa de un ratito, pero luego se le veía que le pasaba un restorán, después se vino lo de la pelea, lo de los güeyes esos de Garibaldi y la dejó de ver, así que cuando le dijo al quinto día del reencuentro y la parranda, que si ella aceptaba pues de ahí mismo se iban a la iglesia, Graziella, la mejor vedet del mundo y planetas adyacentes, como la anunció el locutor unos minutos antes de que el Rayo al frente de la flota entrara a La Huerta, el más bello y paradisiaco lugar del mejor sitio del planeta que es Acapulco, y señoras y señores, distinguidos turistas, si Acapulquito es el más chido lugar del planeta y La Huerta es lo más granado del puerto de palos, pues no hay duda que están ustedes en la mera papa de la galaxia y aquí, con nosotros, llegada directamente de la capital de la República, después de su triunfal gira por Norteamérica, Grazieeeella, y

tachún se lanzó la orquesta y de plano, mi Rayo, yo le vi los ojos y adiviné que el destino así lo marca porque si el Tomatlán no se hubiera agarrado la Bobadilla desde Tierra Colorado y el primo Grande no le hace la segunda, pues a lo mejor ni caemos en la sonaja y pierdes el gustazo cabrón que te dio, me acuerdo muy bien, y no tienes por qué negarlo y a las pruebas me remito, mi Rayo, porque si estás como estás y vas hacer lo que dices y que además todos te apoyamos porque para eso somos tus cuates, es porque la dama te pasa un resto y nada más iban a esperar la llegada del licenciado para que manejara las cosas a su modo y se le sacara raja al capricho del campeón, como primero catalogó el licenciado Gómezleal al hecho de que allá mismo, en Acapulco, se casara de blanco y todo con la señorita Mónica Azuara, originaria de Tempoal, Veracruz, hija de mexicanos, mayor de edad, y dedicada a las labores artísticas, con el señor Filiberto Macario Reyes, de Valle de Bravo, Estado de México, deportista que utiliza el sobrenombre del Rayo Macoy para sus actividades profesionales, y después los brindis y el licenciado acompañando a los periodistas y el campeón muy solícito con su flamante esposa y todos los cuates medio serios en un rincón con el Tomatlán que era el que los surtía de tragos mediante una propina dada al mesero de los cabellos medio pintados de rojo, mismo que comunicó al campeón con su jefecita para decirle la buena y que no la había llevado porque todo fue de improviso.



Nada más que no baile y se comporte, le dijo el licenciado antes de salir de la suite y decirles a todos que era conveniente que dejaran en paz a los recién casados, porque si baila a lo mejor hace algún desfiguro; no, no le estaba faltando al respeto a la señora, que entendiera, ella debía de estar en el papel de la esposa de un hombre famosísimo, no era ya la cantante, era la señora de Reyes, la esposa del Rayo, y todo tenía su momento, su lugar, su tiempo, muchacho, le dijo el licenciado con el puro en la boca y el humo que le picó los ojos un tanto, y el mismo Virote dijo que el pinche lic era como papá en celo y todos tuvieron que salir de la suite dejando al campeón sentado en la butaca como si fuera el último raun de una pelea a quince y las cosas se les estuvieran poniendo bravas, muy parejas, y Mónica Azuara, con el cabello platinado, se fue haciendo eses a la recámara y desde allá con voz de recién casada le dijo que ya era hora de que el maridito se fuera a la cama y él rezongaba por qué no se apellidaba Sanzuara para que hubiera un *San* en la familia, y ella no entendía, que lo esperaba para entregarle su amor, el amor que siempre tuvo en el pecho y que por eso cantaba con el sentimiento de alguien que quiere mucho, mi rey, antes de que él se levantara como buscando el inminente nocaut y la mandara a la chingada y le dijera que esa noche durmiera sola la pinche vieja tan mamila que ojalá se llamara Sanzuara, y salió dando un portazo que ella medio oyó porque de seguro estaba echada sobre la cama, desnuda, mostrando el cuerpo saturado de silicones y el olor a coctel margarita y mariguana que desde el inicio de la boda invadía todos los territorios de la suite del hotel Princes.

Cascabel, que le dijeran Cascabel porque era un nombre muy sonoro y le recordaba a un poeta llamado García Lorca, preguntó si alguien había oído hablar de García Lorca, y el Tomatlán, desde el improvisado bar le dijo que al tal García ése se lo pasaba por debajo de la tabla de los merengues y que el único chingón era el jefe Rayo y que sus cuates le iban a hacer una pinche estatua más grande que la cruz de los Truyé y que la mejor prueba de su cariño por los chómpiras era haberse salido en la mera boda y estar ahí con ellos esa noche, que era la última en que lo tenían todito para nosotros, cabrones, y que viva mi Rayo Macoy que es el amo de la coyotera, y que de

una vez se fueran encuerando todos que al fin aquí nadie se fija si traen pito o panocho y las mujeres y los travestis bebían y se pasaban los cigarros de mota y el Rayo, con los ojos rojos, medio desnudo, con una mancha de orines en la bragueta, trataba de jalarle las chichis al que se había dicho Cascabel y éste se defendía a medias con las manos largas, duras, depiladas, y las putas se echaban de carcajadas y el ruido estaba en grande cuando el Rayo jaló la manga del primo Chirris y le dijo que él sí era su cuate de a madres porque lo había conocido en el tiempo de la jodidencia y que se acordara de cómo lo chingoteaban los rotitos ésos de la Del Valle y le habló de su jefecita y de la pelea contra un cabrón que le decían el Jaibo quién sabe qué y de los afganos que le eran leales como ustedes, como el pinche primo Chirris, y le dio un beso muy cerca de los bigotes del primo que nomás se limpiaba las lágrimas y les decía a todos: cabrones, que lo oigan todos, aquí mi Rayo es como mi padre, como mi padre repitieron los hermanos, como mi padre dijeron el Tomatlán y el Mandingas y entonces que el Cascabel se mete y junta la boca a la del Rayo y éste lo besa largamente y beben de la misma copa cuando el Rayo se desprende y le grita al primo Régulis que se busque una pinche bírula, ¿no oyó acaso cuando le ordenaron que se buscara una pinche bicicleta?, y los otros dos hermanos y los demás, y también el Virote que ya casi no podía hablar, y las viejas y los putos gritaron: una bicicleta y una bicicleta y una bicicleta mientras el primo Régulis era aventado al pasillo con la amenaza de que si no traes una pinche bírula te vas a la gaver y allá adentro estaba la terraza y ahí el Cascabel le quitaba el resto de la ropa a Filiberto Macario Reyes y éste lloraba y pedía una bicicleta para dar de vueltas por todos los sitios tocando puertas y entregando los paquetes.

ÍNDICE

Rafael Ramírez Heredia (1942-2006) fue cuentista, novelista, periodista, cronista taurino, dramaturgo y maestro de muchos jóvenes escritores. Estudió contaduría en el IPN para poder jugar en su equipo de futbol americano, ejerció por breve tiempo antes de dedicarse de lleno a la literatura y, como él decía, "pasar de contador de cuentas, a contador de cuentos". Con un peculiar sentido del humor y gran fuerza narrativa, sus relatos reflejan la vida en los barrios bajos de la Ciudad de México. Fue uno de los mayores exponentes de la nueva novela policiaca mexicana con las historias de su detective de Coyoacán, Ifigenio Clausel.

El Rayo Macoy, por el que Ramírez Heredia obtuvo en 1984 el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo, narra con un ritmo frenético, donde el presente y el pasado se mezclan, la vida de Filiberto Macario Reyes, mejor conocido como el *Rayo Macoy,* y su vertiginosa carrera desde una farmacia donde era repartidor en bicicleta hasta la cima del boxeo y su inminente caída en desgracia.



www.fondodeculturaeconomica.com